

Cuerpos ilustrados: cultura física en Caras y Caretas (1898–1900)

Argüello Evelyn, Universidad Nacional de Quilmes, evelyn.arguello@bue.edu.ar

Resumen

La presente ponencia se enmarca dentro del proyecto de investigación *Prensa, Cuerpos y Cultura Física: el caso de Caras y Caretas, Argentina (1898–1939)* de la Universidad Nacional de Quilmes. En esta ocasión, se llevará a cabo un análisis cualitativo de los dos primeros años del semanario *Caras y caretas* (1898 - 1900). Este recorte temporal permite abordar la etapa fundacional de la revista que, mientras delimitaba su perfil humorístico y visual, se insertaba dentro de discursos sobre progreso, civilización y orden social. Con la consolidación del proyecto moderno en la Argentina, emergen nuevas formas de pensar el cuerpo en clave de salud, higiene, belleza, y moral. Estas configuraciones no son neutrales: están atravesadas por discursos científicos, pedagógicos y políticos que moldean los ideales corporales según jerarquías de clase, raza y género. En este marco, la revista ilustrada *Caras y Caretas* se convierte en un espacio clave de difusión de imágenes, saberes y discursos sobre el cuerpo. Su impronta satírica y visual, combinada con notas pseudocientíficas, publicidades, caricaturas y crónicas sociales, la convierte en una fuente privilegiada para estudiar cómo se construyeron las nociones de “cuerpo sano” y “cuerpo normal” en un contexto de creciente urbanización, inmigración y moralización pública.

Palabras clave

Historia, Cultura Física, Cuerpos, Caras y Caretas, Género

Introducción

La presente ponencia se inscribe en el marco del proyecto de investigación *Prensa, Cuerpos y Cultura Física: el caso de Caras y Caretas, Argentina (1898–1939)*, llevado adelante en la Universidad Nacional de Quilmes. El objetivo principal del trabajo es analizar cómo el semanario ilustrado Caras y Caretas intervino en la configuración de sentidos sobre el cuerpo, la cultura física y las nociones de salud en sus primeros años de publicación, particularmente entre 1898 y 1900.

Se propone aquí una lectura crítica del rol de la prensa gráfica como un actor central en la producción y circulación de discursos sobre el cuerpo. En este sentido, se retoman los aportes de Paula Kircher (2005), quien sostiene que la prensa no solo informa, sino que organiza sentidos, produce saberes e interviene activamente en los procesos de hegemonía, disputas ideológicas y formación de subjetividades. Así, *Caras y Caretas* se analiza como un espacio donde se construyen representaciones legitimadas del cuerpo y se visibilizan tensiones en torno al disciplinamiento corporal y los ideales de salud y normalidad, adoptando una metodología que consiste en el análisis de imágenes presentes en el semanario, que ayudan a ilustrar dicha hipótesis. La cultura física, entendida como conjunto de prácticas corporales orientadas al fortalecimiento y embellecimiento del cuerpo, adquirió un valor simbólico central en la construcción de la modernidad. A través de imágenes, ilustraciones y artículos, *Caras y Caretas* contribuyó a difundir estos ideales, representando cuerpos sanos, fuertes, masculinos y blancos como modelo de ciudadanía.

Asimismo, se analizará cómo estos discursos estaban atravesados por relaciones de género y clase. Las representaciones del cuerpo femenino, por ejemplo, estaban asociadas a la domesticidad, la maternidad y la pasividad, mientras que los cuerpos masculinos se vinculaban con la actividad, la fuerza y la productividad. El semanario funcionó como una plataforma que modeló corporalidades deseables y excluyó aquellas que no respondían al ideal dominante, operando como un dispositivo de normalización y control.

Caras y Caretas: entre la tinta, la imagen y la ideología

Siguiendo a Paula Kircher (2005), la prensa es concebida como un actor clave en la construcción social, en tanto espacio atravesado por relaciones de poder, disputas ideológicas y procesos de hegemonía. Lejos de ser un mero vehículo de transmisión de información, la prensa es capaz de organizar sentidos, producir saberes y modular formas de sociabilidad. La prensa representa una fuente privilegiada para pensar la historicidad de las representaciones, ya que interviene activamente en la configuración del campo político, articulando discursos que condensan valores, normas, gustos y criterios morales. Por ello, se torna fundamental abordar los medios como objetos complejos, atravesados por condiciones materiales de producción, tecnologías de impresión, lógicas de mercado y vínculos con sus públicos lectores. La prensa, así entendida, no solo informa: también fabrica subjetividades, modela

percepciones y delimita qué cuerpos, prácticas y comportamientos son legibles y cuáles son silenciados o marginalizados.

La revista *Caras y Caretas* emerge en un contexto de modernización, industrialización y transformación cultural, construyéndose como “un caso paradigmático de los cambios culturales que se vivían en el cambio de siglo” (Delgado y Rogers, 2016 : 84). El semanario se convirtió en una expresión visible de los cambios sociales y materiales que atravesaba la Argentina de aquel momento. Siguiendo un modelo editorial similar al de publicaciones europeas y estadounidenses, se integraron múltiples géneros (noticias, humor, ficción, ciencia, política) en un formato visual innovador, marcado por la profusión de imágenes, colores y técnicas gráficas. Estas características reflejaron un modo de interpellación al lector moderno, en un contexto donde la cultura de masas comenzaba a instalarse como fenómeno dominante. La revista no sólo aprovechó las innovaciones tecnológicas para alcanzar grandes tiradas semanales, sino que también reconfiguró las relaciones de producción cultural. Dirigida a un público recientemente alfabetizado, articuló recursos discursivos y visuales que respondían a las exigencias de un nuevo lector urbano. Al abaratar el precio de venta y apostar al ingreso por publicidad, *Caras y Caretas* consolidó un modelo editorial moderno y rentable, cuya masividad fue parte del proceso de consolidación de una cultura impresa de alcance popular. En ese marco, el semanario se presenta como un artefacto cultural que refleja y organiza los cruces entre visualidad, política y cultura de la época (Szir, 2011).



Portada *Caras y caretas* N°1. 19 de agosto de 1898

Si entendemos a la prensa ilustrada como un dispositivo de producción de subjetividades, es posible pensar que *Caras y Caretas* no solo reflejaba la sociedad de su tiempo, sino que contribuía a moldearla. La emergencia de *Caras y Caretas* coincide con un momento de transformación urbana, científica y cultural en la Argentina, donde el higienismo comenzaba a consolidarse como un discurso central en la regulación de la vida social. La revista, como

medio masivo y visualmente poderoso, funcionó como un canal privilegiado para la divulgación de estas ideas, muchas veces naturalizando ciertas formas de entender el mundo a través de la sátira, la caricatura o la crónica costumbrista.

Ver, clasificar, corregir: la mirada higienista en la prensa

Este entramado discursivo en el que confluyen medicina, moral y política encontró en *Caras y Caretas* un vehículo eficaz para la difusión y legitimación de formas normativas de corporalidad. Como muestra Ramacciotti (2019), el higienismo en Argentina, impulsado tras las epidemias de fiebre amarilla de 1858 y 1871, no sólo se preocupó por la salud pública en términos médicos, sino que extendió su accionar hacia la regulación de las costumbres, los hábitos y la vida privada de los individuos. La higiene se convirtió en una forma de pedagogía social que prescribía modos de ser y de habitar el cuerpo, reforzando la figura del “buen ciudadano” como aquel que encarnaba el orden, la disciplina y la racionalidad moderna. Estas representaciones no surgieron en el vacío: el desarrollo del discurso higienista estuvo íntimamente ligado a las transformaciones sociales, urbanas y demográficas que experimentó Buenos Aires desde mediados del siglo XIX. En este período, la ciudad pasó de ser una comuna con rudimentarios servicios de salud pública a convertirse en capital de la Nación, enfrentando un acelerado crecimiento poblacional producto de la inmigración y la expansión económica. El inicio del proceso de reformas profundas se remonta a la intendencia de Torcuato de Alvear (1879-1887), quien se rodeó de un equipo de médicos (entre ellos Rawson, Coni, Crespo y Ramos Mejía) que impulsaron un vasto plan de saneamiento urbano. Esta etapa se tradujo en grandes obras de infraestructura (cloacas, red de agua potable, pavimentación), la reorganización hospitalaria y la implementación de mecanismos de vigilancia sanitaria. La higiene comenzó a entenderse como una herramienta



Caras y caretas, 15 de octubre de 1898 Nº2. Página 18

de organización social: controlar la propagación de enfermedades era también controlar a la población, sus espacios y sus comportamientos (Álvarez, 1999).

Este proceso se da durante el auge del pensamiento positivista, que dotó de coherencia ideológica a las iniciativas médicas, políticas y pedagógicas. La medicina social, la epidemiología y la higiene pasaron a tener un lugar central en los diagnósticos sobre los “males de la época”, que incluían desde enfermedades hasta la “desviación moral” de los sectores populares. José María Ramos Mejía fue una de las figuras clave en este movimiento, al condensar en su pensamiento la voluntad de moldear una “raza nacional” y una subjetividad moderna mediante la medicina, la educación y la arquitectura institucional.

En este contexto, *Caras y Caretas* contribuyó a reforzar un imaginario de ciudad limpia, ordenada, blanca y jerarquizada, donde ciertos cuerpos eran deseables y otros debían ser corregidos, apartados o invisibilizados. Las páginas del semanario articulaban representaciones donde el cuerpo funcionaba como signo moral, visible y clasificable, describiendo los modos en que el modelo médico-positivista y la antropometría operaban como mecanismos de clasificación social, sexual y racial. A través de caricaturas, crónicas y notas se reforzaban jerarquías naturalizadas: cuerpos blancos, viriles, flacos, activos y occidentales ocupaban el centro del ideal moderno, mientras que otros eran marcados por la desviación, la debilidad o la degeneración. Esta mirada biologicista, sostenida por saberes como la frenología, la fisiognomía o la eugenesia, interpretaba al cuerpo como huella visible de una supuesta interioridad moral o intelectual, habilitando formas de exclusión y normalización en nombre del progreso.

El higienismo operó así como una respuesta al temor social generado por la experiencia urbana moderna (Vallejo, 2008). Pero también fue una racionalidad política que se materializó en un modelo de gestión institucional. Desde esta perspectiva, la higiene no era solo una técnica médica, sino una forma de intervención sobre la vida cotidiana y los espacios íntimos, que requería la acción pedagógica del Estado. Sarmiento ya en 1871 declaró que la “salud pública” debía estar acompañada por una pedagogía social que formara hábitos higiénicos adecuados, especialmente entre los sectores populares. De allí que el higienismo no puede ser leído únicamente como un dispositivo autoritario de control, sino también como una forma de construir condiciones de vida que respondieran al ideal moderno de orden, funcionalidad y moralidad. Asimismo, el pensamiento eugenésico, como retoma Talak (2011), permeó las formas de concebir la educación, la asistencia social y la salud pública,

apuntando a identificar y controlar a los “anormales”, muchas veces definidos por su raza, clase, género o supuesta capacidad moral. En las representaciones de *Caras y Caretas*, este imaginario se filtró en la estetización del cuerpo sano y en la ridiculización de aquellos considerados desviados o improductivos, reforzando una pedagogía visual de lo normal.

Esta pedagogía higienista del cuerpo ayudó también a reforzar la construcción binaria y jerárquica del género. Como señala Scharagrodsky (2007), el saber médico y eugenésico de la época articularon una concepción diferencial de los cuerpos masculinos y femeninos,

asociando a los varones con la fuerza, la actividad y la racionalidad, y a las mujeres con la fragilidad, la pasividad y la emotividad. Esta lógica de la diferencia sexual fue legitimada por discursos supuestamente científicos que se colaron en la prensa ilustrada bajo formas lúdicas, humorísticas o costumbristas, pero que operaban como potentes reguladores de lo deseable. En *Caras y Caretas*, estas diferencias se hacen visibles en múltiples registros: en las ilustraciones que ridiculizan a las mujeres que transgreden el ideal de feminidad; en las crónicas que exaltan modelos de varón



Una señora alta y flaca, verdadera momia viviente, pregunta al cochero, mientras este arregla las riendas en una de tantas paradas:

— ¿A la Recoleta?
— Sí, señorita.... pero el júnebre ya pasó.

Caras y caretas, 22 de octubre de 1898. Página 10

productivo, blanco y civilizado; en las notas que ofrecían consejos sobre la crianza o los hábitos saludables, siempre con un sesgo que reforzaba la domesticidad femenina y la autoridad masculina. A través de estos dispositivos, la revista contribuía a moldear subjetividades sexuadas, alineadas con el proyecto de nación liberal, en el que el hombre era concebido como ciudadano pleno y la mujer como soporte moral y reproductivo del orden social.

Caras y Caretas funcionó como un espacio de producción de sentidos en torno al cuerpo sano, moral y ciudadano, promoviendo normas de conducta, estética y funcionalidad corporal que excluían toda forma de otredad o desvío. Sin embargo, estas representaciones no operaban en abstracto: se enlazaban con prácticas materiales que buscaban modelar físicamente esos cuerpos. En este sentido, la cultura física y el deporte emergieron como

ámbitos privilegiados para encarnar esos ideales, al tiempo que reforzaban las jerarquías de género, clase y raza ya sedimentadas en el discurso higienista.

Cuerpos sexuados en la cultura física mediática

En este contexto, el cuerpo se convirtió no sólo en objeto de observación científica y moral, sino también en un espacio a ser entrenado, regulado y exhibido. Es correcto afirmar que todo régimen político implica un régimen corporal: en el marco del proyecto moderno capitalista, el cuerpo fue progresivamente integrado a una anatomía política funcional al orden productivo. Foucault (1983) analiza este proceso como parte de la “microfísica del poder”, donde el disciplinamiento del cuerpo emerge como una tecnología central para moldear a los individuos en sujetos dóciles y útiles. Este disciplinamiento no fue un evento aislado, sino un entramado de prácticas, saberes y dispositivos que, distribuidos en instituciones como la escuela, el ejército o el sistema de salud, trabajaron sobre el cuerpo para optimizar su funcionamiento y control.



Caras y caretas Nº5, 5 de noviembre de 1898, página 16

El deporte y las prácticas gimnásticas fueron espacios privilegiados para el disciplinamiento corporal, particularmente en su dimensión sexualizada. La cultura física se constituyó como una pedagogía del cuerpo, inscrita en saberes médico-positivistas que jerarquizaban y segregaban corporalidades en función de la clase, género y etnia.

A través de *Caras y Caretas*, estas formas de disciplinamiento se difundieron y naturalizaron, legitimando estereotipos de masculinidad viril, activa y racional, frente a una feminidad representada como frágil, pasiva y reproductiva. La prensa ilustrada se convirtió así en un espacio donde se visualizaban y reproducían cuerpos que encarnaban los ideales de nación moderna, ordenada y jerarquizada. La figura del varón atlético, blanco y energético

emergía como emblema de este proyecto civilizatorio, mientras que las mujeres eran frecuentemente ridiculizadas o confinadas a roles domésticos.

Siguiendo a Judith Butler (2007), estas representaciones no solo reproducen estereotipos, sino que performan corporalidades, esto es, las constituyen en su reiteración. El género no es una esencia ni una expresión interior, sino una práctica discursiva que se materializa a través de actos regulados y repetidos en contextos históricos particulares. En este sentido, la cultura física difundida por la prensa no se limita a mostrar cuerpos sexuados y generizados, sino que actúa performativamente sobre ellos, fijando modelos de lo que debe ser un “cuerpo masculino” o “femenino” en sintonía con un orden social deseado. Estas prácticas de género se inscriben en regímenes que legitiman ciertas formas de vida y excluyen otras, configurando un horizonte normativo que se naturaliza a través del deporte, la higiene y la salud. Así, los cuerpos no sólo se representan, sino que se fabrican, de manera desigual, dentro de un entramado político, estético y afectivo que busca sostener un modelo hegemónico de ciudadanía y nacionalidad. En esta línea, Teresa de Lauretis (2024) propone pensar el género como una tecnología, es decir, como un conjunto de prácticas, discursos e instituciones que producen cuerpos sexuados y subjetividades generizadas. La prensa ilustrada, en tanto dispositivo cultural, puede ser leída como una tecnología de género que no solo representa, sino que construye y regula identidades a través de narrativas visuales y textuales. *Caras y Caretas*, al difundir imágenes del cuerpo atlético masculino como símbolo de vigor nacional y al ridiculizar o minimizar las presencias femeninas, colabora en esta operación de construcción de sujetos, alineando los cuerpos con funciones diferenciadas dentro del orden social. En diálogo con la performatividad de Butler, esta mirada permite comprender cómo los cuerpos no preexisten a las normas, sino que son producidos por ellas, en una articulación entre visibilidad, repetición y control. Así, el género se revela no como una identidad estable, sino como un efecto material de prácticas sociales que se actualizan, entre otros espacios, en la cultura física, el deporte y los medios.

Conclusión

A lo largo de esta ponencia, se buscó demostrar cómo *Caras y Caretas*, en sus primeros años de actividad, funcionó como un dispositivo cultural clave en la construcción de representaciones corporales influenciadas por discursos médicos, morales y políticos. Lejos

de ser un espacio recreativo o humorístico, el semanario articuló prácticas, estéticas, saberes y narrativas que operaron como tecnologías de género y pedagogías del cuerpo, contribuyendo a moldear subjetividades coherentes con el proyecto moderno en construcción.

Desde la mirada higienista que clasificaba y corregía cuerpos, hasta la promoción de una cultura física generizada que exaltaba la masculinidad viril y blanca como emblema de nación, *Caras y Caretas* colaboró activamente en la producción de un imaginario corporal hegemónico. La cultura física, en tanto ámbito discursivo y material, resultó ser un espacio privilegiado para escenificar, reforzar y naturalizar estas diferencias: la revista no sólo visibilizó estas normativas, sino que también las encarnó, al ofrecer imágenes, textos y discursos que delineaban los contornos del “cuerpo sano” y el “ciudadano modelo”, excluyendo toda forma de otredad por considerarla improductiva, desviada o amenazante.

Este análisis permite recuperar a *Caras y Caretas* como fuente histórica ineludible para pensar las articulaciones entre cuerpo, prensa y poder, y habilita nuevas líneas de indagación que profundicen en los modos en que estos regímenes de visibilidad y normalización operaron (y continúan operando) sobre los cuerpos en la cultura mediática argentina. En definitiva, estudiar estos discursos no es sólo revisar el pasado, sino también interrogar las formas en las que seguimos imaginando, clasificando y jerarquizando los cuerpos en el presente.

Bibliografía

Álvarez, A. (1999). Resignificando los conceptos de la higiene: el surgimiento de una autoridad sanitaria en el Buenos Aires de los años 80. *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 6, 293-314.

Armus, D. (2013). Utopías higiénicas/utoípas urbanas: Buenos Aires 1920. *Utopías urbanas: geopolíticas del deseo en América Latina*.-(*Nexos y diferencias*; 35), 115-130.

Butler, J. (2007). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.

Delgado, V., & Rogers, G. (2016). *Tiempos de papel: Publicaciones periódicas argentinas (Siglos XIX-XX)*. La Plata, Editora Universidad Nacional de La Plata, Estudios/Investigaciones, 60.

De Lauretis, T. (2024). La tecnología del género.

Foucault, M. (1983). Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. Siglo XXI

Kircher, M. (2005). La prensa escrita: actor social y político, espacio de producción cultural y fuente de información histórica. *Revista de Historia*, (10), 115-122.

Ramacciotti, K. I. (2019). Higienismo.

Scharagrodsky, P. A., & Southwell, M. (2007). El cuerpo en la escuela. Explora las ciencias en el mundo contemporáneo. *Pedagogía*.

Szir, S. M. (2011). El semanario popular ilustrado Caras y Caretas y las transformaciones del paisaje cultural de la modernidad Buenos Aires 1898-1908 (Doctoral dissertation, Universidad de Buenos Aires (UBA)).

Talak, A. M. (2011). Enfermedades sociales y degeneración: relaciones entre la medicina y la primera psicología en la Argentina. In III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires.

Vallejo, G. G. (2008). Higienismo y ciudad moderna. In III Taller de Historia Social de la Salud y la Enfermedad en Argentina y América Latina (Santa Rosa, La Pampa, 31 de julio y 1º de agosto de 2008).